

# Las coordenadas del universo borgiano

*María Luisa Pfeiffer*

*“Nuestra obsesión es el destino, sea éste cual  
fuere, aunque sea el inscripto en el cielo  
enrojado del ocaso de los dioses”*

Thomas Mann

## Borges y Descartes

Las coordenadas son un invento de Descartes en su deseo de atrapar el tiempo y el espacio, medirlo y dominarlo. No fue despreciable el resultado si miramos lo que nos rodea: un mundo moviéndose *alrededor* de esas coordenadas, organizado según un tiempo medido por el reloj y un espacio que dejó de ser un lugar propio para pasar a ser un vacío que es llenado por cualquiera. Lo de Descartes es un modo más de escapar a lo incomprendible del movimiento que tanto preocupara a los griegos y desde ellos a todo el pensamiento occidental. Quizás haya sido el movimiento la mayor preocupación de los griegos, y lo que no pudieron resolver, ni siquiera usando la famosa prueba de Antístenes. Recordemos que ante los formidables argumentos de Zenón de Elea, quien queriendo demostrar la contradicción que significa que las magnitudes continuas estén compuestas por un número infinito de partículas indivisibles, propone cuatro argumentos<sup>1</sup> que niegan la realidad del movimiento, Antístenes simplemente comienza a andar. Ese argumento no convenció a los filósofos griegos que siguieron afirmando que el movimiento es impensable y tampoco hubiera convencido a Borges quien, asociando el movimiento al tiempo, piensa que sólo podemos escapar del horror que nos provocan uno y otro construyendo un universo apoyado en la intuición metafísica de que

ambos son una ilusión. “El presente es en sí como el punto finito de la geometría, dice Borges, el presente en sí no existe. No es un dato inmediato de nuestra conciencia, es una entidad abstracta, es tan inasible como el punto”. Y si no existe el presente tampoco el pasado ni el futuro. Si para explicar el presente afirmamos que “está gradualmente volviéndose pasado y volviéndose futuro” ¿cómo es que “pasa” el tiempo? ¿desde el pasado al futuro o desde el futuro al pasado? El sentido común nos dice que desde el pasado al futuro, pero nuestro sentido común está apoyado en una creencia, la de que el tiempo es una línea que corre desde un principio a un final. Para un griego de la época de Platón, esta pregunta carecería de significado, ya que para él el tiempo era circular, y en un tiempo circular el futuro y el pasado se identifican. Pero tanto el griego como el “sentido común” asimilan el tiempo a una línea en movimiento, para el uno ese movimiento es circular, por consiguiente no existe, para el otro es lineal y tiene un principio y un fin. Para Borges la respuesta es la que propone Bradley, el presente es tal cuando el futuro se hace pasado. Vale decir que en principio parecería que pensamos con Bradley un movimiento lineal, sin embargo no lo es, ya que el presente, el pasado y el futuro se están dando simultáneamente. ¿No nos hace pensar esto en el eterno retorno de lo mismo de Nietzsche? Aunque cuando comenta sus creencias Borges adhiere a la propuesta de Bradley, en sus cuentos y poesías no termina de decidir si el tiempo es una ficción como toda la realidad, si es un eterno retorno de lo mismo o es un camino hacia la muerte; las tres ideas están presentes.

## Vivir y soñar

Sabemos que Borges coincide con Sábato en pocas cosas, una de ellas es el carácter ficcional de la realidad, entre lo que llamamos la realidad y el sueño o la ficción no hay diferencia cierta<sup>2</sup>. El mundo del sueño tiene otro tiempo, otro espacio, se mueve dentro de otras coordenadas que nada tienen que ver con las cartesianas. El tiempo del sueño puede ser instantáneo o eterno, está fuera de toda medida, lo mismo pasa con el

espacio. Son tiempos y espacios sin dimensiones, sin "límites", en cuanto asimilamos la palabra límite a frontera. ¿Cómo aparece en el sueño la muerte a la que podríamos llamar el límite supremo? Heráclito dice en uno de sus famosos fragmentos que "el hombre, viviendo, toma contacto con la muerte al dormir", esta es una metáfora donde aparece la idea de que el sueño es hermano de la muerte. "El durmiente y el muerto -dice Heidegger comentando este fragmento- son figuras que muestran la pertenencia del hombre a la naturaleza viva y muerta"<sup>3</sup>. El sueño, el dormir, serían un anticipo de la muerte.

Para los griegos es imposible pensar en el sueño sin pensar en la muerte. Sin embargo para muchos, sobre todo aquellos que podemos denominar creadores, la vida más auténtica comienza con el sueño, éste es morir a lo que nos hace pequeños, morir a la mediocridad, las ataduras, los prejuicios, los hábitos, los lastres que no nos permiten levantar vuelo. No es por casualidad que el sueño se convirtió a lo largo del tiempo en el sinónimo de la fantasía y más aún en sinónimo de vida libre, de cumplimiento de las posibilidades, deseos y anhelos que no nos permitimos en la vida diaria. Esto es lo que remarca Freud cuando dice que en el sueño aparece simbolizado todo lo reprimido. El sueño nos permite el acceso a esa energía primigenia que constituye nuestra vida y es por ello que no podemos encerrarlo entre las coordenadas concebidas desde una conciencia en vigilia, sino que es él el que nos impone nuevas coordenadas. Para los griegos el sueño es un anticipo de la muerte. Para él el sueño es el único estado real, en que vida y muerte aparecen como lo que son: fantasías.

El sueño de Borges es la inmortalidad, sueña lo mismo que el protagonista de su cuento "El inmortal". Pero descubre que para ser inmortal no es posible ser Borges, ni Homero, ni nadie con nombre y apellido; eso es lo que no muestra en el cuento: en la inmortalidad desaparece la identidad. El sueño de inmortalidad encierra al inmortal en un laberinto del cual no puede escapar; la imposibilidad de la salida lo lleva, al igual que a todos los inmortales que lo acompañan, a la inmovilidad, es decir a la intemporalidad, a recorrer siempre los mismos senderos que vuelven a repetirse y no llevan a ninguna parte, lo cual es lo

mismo que decir a la inespacialidad. El prisionero del laberinto termina por transformar el movimiento en quietud y el tiempo en eternidad y ello le impide ser quien es. Por eso recuperar la identidad, al final del cuento, significa dejar de ser inmortal, recuperar el tiempo, el espacio y la muerte. Cuando, buscando ser inmortal el protagonista llega al lugar de la inmortalidad, a la ciudad de los inmortales, se encuentra con aquellos que parecían haberla construido o por lo menos habitado alguna vez: hombres que no hablaban ni dormían, vale decir que no podían soñar de ninguna manera, ni dormidos ni despiertos por medio del juego fantástico con las palabras. En esa ciudad no hay sueño porque no hay tiempo, y no hay tiempo porque nada cambia, de allí la inmovilidad en que todos viven. Lo que el protagonista encuentra es un pueblo sin memoria, sin tiempo, sin cambio, cuya existencia se desarrolla -desarrollar es un decir ya que implica una sucesión que no existía en ese caso- en la eternidad del equilibrio de todas las cosas. El resultado es un permanecer en la indiferencia a cualquier valor, en la imposibilidad de cualquier identidad, porque un solo hombre inmortal es todos los hombres lo cual es lo mismo que decir que no es ninguno.

La identidad, el nombre, son lo opuesto a lo eterno. Sin embargo, Borges sueña con la eternidad, es por ello que se refugia en el sueño pensando como Platón que podrá escapar por él de un universo limitado por los nombres de los otros. Descartes se refugia en la razón para hacer lo mismo, porque el sueño es para él el enemigo de una conciencia clara, de un espíritu inmóvil, de un alma inmortal, el sueño es el que puede hacernos caer en la trampa de la muerte. Borges encuentra la inmortalidad en el sueño, en la ficción, pero sin embargo, en *El Inmortal*, necesita recuperar la muerte, caer en su trampa para recuperar su identidad. No recupero la vida y la muerte en el sueño sino en el triste ejercicio de la faena de vivir, sufrir, gozar, crecer, envejecer.

Vivir la eternidad entre hombres inmóviles, entre hombres que no sueñen ni dormidos ni despiertos no es vida, por ello Borges introduce una falacia: el “nuevo inmortal” recorre la ciudad y se espanta, intenta comunicarse y “saber”, aprovecha la ocasión del cambio que origina la lluvia para movilizarse en busca de la muerte. No podemos pensar al

hombre sin tiempo, sin movimiento, sin muerte, ni siquiera como ficción, porque no podríamos decir nada de él, ni siquiera darle un nombre. En el cuento aparece Homero pero ¿quién es Homero? ¿el protagonista, el que se encuentra en la ciudad o Borges? Si no hay tiempo, si no hay muerte, no hay Homero ni Borges. De allí que la identidad para los personajes borgeanos se pierda siempre en el juego de los espejos. Si soy por el ojo del que me ve, ese ojo no puede ser un espejo, porque el espejo refleja mi propio ojo y ese reflejo se multiplica al infinito perdiéndome en él.

## Tiempo y espacio

Lo que identifica al hombre es su tiempo y su espacio, ellos dan la medida de su lugar y su historia, construimos la biografía con estas coordenadas que no son matemáticas como las de Descartes, porque implican una reelaboración constante, un nuevo trazado cada vez. Para tener un nombre, una biografía, debo poder constituir un lugar propio y un tiempo propio, mi vida no puede reducirse a recorrer laberintos ajenos y repetir tiempos circulares.

Los personajes de Borges viven perdidos en laberintos y él confiesa, como lo hiciera Nietzsche en secreto a Lou Salomé, haber recibido la revelación de la circularidad del tiempo. Le fue revelado una noche, mientras caminaba por Buenos Aires. Si el tiempo es circular también lo es el espacio, si la historia se repite infinitamente, esa historia debe consistir en un recorrer los mismos lugares infinitamente; el lugar del hombre pasa a ser entonces el laberinto, tal como lo es la ciudad de los inmortales, un laberinto monstruoso, sin leyes, sin racionalidad. En el tiempo circular se disuelve la propia identidad y la del otro porque todo es repetido al infinito, se disuelve el progreso, la historia y también la muerte. La nada es la cifra secreta. El destino pasa a ser el nombre del pasado y del futuro, frente a él no hay nadie, todo está cumplido, y el creer que somos dueños de nuestra propia vida, de nuestro futuro e incluso de nuestro pasado, es un sueño más. Ello hace decir al protagonista de *Deutsches Requiem*: “releí que todos los hechos que pueden ocurrirle a un

hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo casual encuentro una cita, toda muerte un suicidio. No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas; esa teleología individual nos revela un orden secreto y prodigiosamente nos confunde con la divinidad<sup>74</sup>. Ser inmortal es pretender ser divino, vivir un espacio y un tiempo con carácter de eternos, en los cuales el movimiento, la diferencia, son sólo ficciones, apariencias, sueños.

Descartes nos arrojó a un mundo de coordenadas matemáticas en que el tiempo queda reducido a un reloj que se mueve en redondo y el espacio a un laberinto que nos hace girar en redondo sin cesar. Borges penetra en ese mundo cartesiano no por la razón, como Descartes, sino por el sueño y la fantasía, y nos muestra que si vivimos en este mundo cartesiano desaparecemos, dejamos de ser quienes somos. Parecería que Borges y Descartes viven en mundos contradictorios y sin embargo ambos han imaginado un mundo a su medida en que el espacio y el tiempo desaparecen, en ambos quedan suspendidos de la imaginación, para uno hallarán forma en el relato, para el otro en el método científico. Ambos comparten con Platón el considerar que la realidad vivida, fuente de sufrimiento, es pobre frente a la intelectual que es grandiosa. La existencia en general y la humana en particular quedan reducidas para los dos en la conjetura de ser “una cantidad constante, invariable”. El nombre secreto del dios de Descartes y Borges es la nihilización individual.

Descartes escapó de este universo construyendo otro universo en que rige un orden racional, en que el espacio se vuelve perspectiva, en que uno sabe exactamente dónde está porque su lugar es el cruce de coordenadas y su tiempo una coordenada más que deberá agregar a las de largo, ancho y profundidad.

También Borges quiere escaparse de las garras de ese dios, de ese destino y por ello escribe sobre personas con nombre y apellido. Su obra está llena de nombres propios que son los que dan identidad a alguien, los que reconocen un “tiempo propio” es decir una historia y un lugar; en toda su obra trata de descifrar “lo que se juega en el nombre” como en la milonga de Jacinto Chiclana. El relato borgeano muestra por un lado el

universo en que nos movemos actualmente, que es el que calificamos de moderno: un universo matemático, producto de la razón, manejado por ideas, en que todo queda reducido a objetos a ordenar. Pero no está conforme con este cosmos y por eso, al mismo tiempo, pretende crear un universo no laberíntico, para no quedar convertido él mismo en el conejo del reloj que imaginó Lewis Carroll. Mientras el sistema cartesiano parece explicarlo todo, el universo borgeano nos deja perplejos, ambos intentan escapar del destino pero sólo logran precipitarse en él.

## Notas

<sup>1</sup> Zenón era partidario de Parménides y se proponía demostrar con argumentos, sobre todo contra los pitagóricos, que si la doctrina del ser único, continuo e inmóvil de Parménides parece inconcebible, más inconcebible resulta la del ser múltiple, discontinuo y móvil compuesto por infinitos indivisibles. Para ello desarrolla cuatro argumentos en forma de paradojas: 1. paradoja de lo finito contenido en lo infinito, 2. argumento de la dicotomía, 3. argumento de la flecha y 4. argumento del estadio. Todos ellos son analizados por Aristóteles en su *Física*.

<sup>2</sup> Cf. *Diálogos con Sábato*, Emecé, Buenos Aires,

<sup>3</sup> Cf. Heidegger, M. y Fínk, E. *Heraklit*, Klostermann, Frankfurt a. m., 1970, p. 231 (hay traducción española en editorial Ariel). Cf. Pfeiffer, M. L., "Estar-en-el-mundo del sueño. Una reflexión acerca de las concepciones del sueño en Heráclito y Feud", Montevideo, Uruguay, *Relaciones*, Nº 130, marzo, 1995.

<sup>4</sup> Borges, J. L., *El Aleph*, Emecé, Buenos Aires, 1957, p.134.